



UN DEMOCRATA VIOLENTO

Modernamente, un político fino ya no fusila a los enemigos, como solía hacer el triperero de Narváez. Ahora las cosas del poder se han vuelto más sutiles. Ahora el que mata es porque es un basto. Un político fino sube hoy al poder, y lo primero llama al camarlengo para que le prepare el papel de los Decretos, se sienta en el butacón de mando, tose discreta-

mente con sonrisa de conejo y de un plumazo declara a su Gobierno y a la sociedad oficialmente perfectos. Después firma y sella, y entonces la oposición se queda sin oficio. Una forma de matar a los enemigos consiste en dejarlos sin trabajo por la fuerza de la ley. Así se evita el soberano el tener que ensuciarse la casaca con sangre, que además pone las alfombras perdidas.

Las cosas hay que decirlas. Si un político quiere pasar por demócrata, lo importante es publicarlo en «La Gaceta del Congreso»; si quiere que lo tomen por un aperturista, lo primero es publicarlo como quien anuncia la venta de una parcela en la sierra. Siempre habrá algún tonto que se lo crea. Con

esto de la publicidad y de los periódicos, que son muy sufridos, con el director al frente, los políticos llevan mucho adelantado. No es como antes, que todo se tenía que hacer con escopetas o soltando garrotazos en la vía pública, delante de las niñas o de las damas que salían de Misa. Ahora, a cualquier señor inquieto que ande por ahí firmando cosas o convocando asambleas, se le declara muerto oficial y se le pone a cultivar champiñones en la terraza del sexto derecha.

Si Alan Ladd era un chapa que media uno cincuenta y en las películas parecía un gigante soltando mamporros a los enemigos de Norteamérica, hecho un brazo de mar, no sé por qué un político tiranuelo por parte de hormonas no puede hacerse pa-

sar por un gran demócrata si tiene un buen servicio de maquillaje, unos periódicos con director complaciente, una publicidad que penetra como un laser hasta el hígado del contribuyente y unos ciudadanos dispuestos a creérselo todo con tal de tener una lavadora. Por mucho menos, el ciudadano come todos los días sopas con detergente. Si un político quiere pasar por demócrata, lo primero es decirlo por escrito en «La Gaceta del Congreso». Y si acaso alguna vez se le va la mano y hace uso del garrote, siempre habrá algún editorialista que esté dispuesto a escribir por quinientas piastras, menos descuento, que ese gran político es un gran demócrata violento.

VICENT